

Diario de un cazador (Destino, 1955) es el primer diario de Miguel Delibes. Después le seguirán *Diario de un emigrante* y *Diario de un jubilado*, con el mismo protagonista los tres: Lorenzo, que es (en palabras del escritor) su yo rebajado. Este joven bedel de instituto, lleva una vida corriente en Valladolid entre semana y sale de caza por la provincia los domingos.

En este libro se mezclan pueblos reales (como los de la ruta) con otros más o menos inventados; paisajes que se pueden seguir pateando en nuestro siglo XXI junto a personajes de ficción sacados quizá de viejas amistades cinegéticas.

En los años 50 el joven Delibes se conocía bien la provincia y así se refleja en el libro. Aun no le había llegado la hora de cazar mucho más allá de los límites provinciales. Siguiendo a Lorenzo, vamos a conocer los primeros pueblos vallisoletanos de la vida de Miguel Delibes.

Síguenos en las Redes Sociales



Código QR



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



DIPUTACIÓN DE VALLADOLID



	Oficina de Turismo permanente		Restaurante
	Zona Arqueológica		Albergue turístico
	Fiestas de interés turístico		Alojamiento de turismo rural
	Camino a Santiago		Conjunto Histórico
	Posada Real		Alojamiento hotelero
	Ruta cicloturista		

San Miguel del Pino

- Zona acotada de pesca
- Iglesia de San Miguel Arcángel
- Monumento a San Miguel
- Ermita del Cristo



26,7 km



Villanueva de Duero (Aniago)

- Ruinas de la Cartuja de Aniago
- Camino de la Cerviguera
- Ermita del Humilladero
- Iglesia de Nuestra Señora de la Visitación



19,7 km



Valladolid

- Museo Nacional de Escultura
- Museo Oriental
- Iglesia de San Pablo
- Catedral
- Ruta del Hereje
- Pasaje Gutiérrez
- Museo Patio Herreriano
- Museo de la Ciencia
- Casa Cervantes
- Casa de Colón
- Casa Museo Zorrilla
- Campo Grande



28,1 km



La Mudarra

- Iglesia de Nuestra Señora del Rosario
- Subida al Tren Burra
- Torre
- Parque "La Fuente"



56,0 km

Villavaquerín

- Iglesia de Santa Cecilia
- Plaza del Ayuntamiento
- Ermita de Nª Sra. de la Virgen del Prado
- Procesión de San Casiano
- Paseo a la Sinova



A todos un abrazo.

M.D.



A mis amigos cazadores que, por descontado, no son genticilla de poco más o menos, de esa de leguis charolados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que con arma, perro y bota componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mundos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarles demasiado que el revisor huela al perro ni que el matababras azote despiadadamente la paramera; a esos amigos cazadores —digo— de buen corazón y mala lengua, para quienes cazar en mano continúa siendo un deporte, pese a que la perdiz y la liebre se muestran cada día más reacias a aguardar amonadas en un chaparro, y pese, no menos, a los multitudinarios y descansados ojeos y a los pasos de palomas de Echalar, que así, tan vergonzosamente, señores, se las ponían a Felipe II; a esos cazadores —digo— que todavía van a la pieza noblemente, porque la pieza, pese a todo, aún sigue siendo para ellos un trofeo y una succulenta merienda, va dedicado este libro.

Y, en especial, a mi padre, que me enseñó a amar la caza y que a más de la escopeta, la canana y el morral, aún sube gallardamente sus ochenta años ladera arriba; y a mi cuadrilla: Antonio Merino, puntilloso tirador, Vicente Presa, a quien le gané la última comida en su feudo de Villamarciel —aquel parro le bajé yo, Vicente—, Santiago R. Monsalve, en sus primicias entusiastas, y a mi hermano José Ramón, que nos dejó por otra, y solía llevar de postre un tocinillo de cielo.

mucho que ver contigo



DIARIO DE UN CAZADOR
1955



www.provinciadevalladolid.com

Quintanilla de Onésimo

- Iglesia de San Millán
- Ermita de San Roque
- Casa de Cultura
- Puente de Olivares
- Vieja estación de tren
- Monumento a la Olma
- Senda del Duero



Cita MD

«Es muy hermosa nuestra ciudad, ¿verdad, hijo?» (...) Cuando le mostré el Sagrado Corazón, se le alegró la cara y se santiguó: «Lo tenemos aquí cerquita, hijo. Casi al alcance de la mano», decía. La notaba sobrecegada porque el Sagrado Corazón, iluminado por una luz blanquecina, parece tal cual una aparición milagrosa.



Cita MD

Mi padre, como otros cazadores de su tiempo, para gozar de la caza en solitario, que era la que apetecía, disponía de una acción, que entonces costaba dos reales, en un monte de Torozos, próximo al pueblo de La Mudarra.



Villavaquerín (La Sinova)

Hasta el siglo XVI, La Sinova era caserío vecino a Villavaquerín, el viejo "Uilla Uakrin", regadas sus lomas suaves por un hermano menor del Esgueva, el arroyo Jaramiel. La Sinova se despobló en favor de Castrillo Tejeriego y Villavaquerín, donde siguió la vida tradicional: agricultura y una pequeña cabaña ganadera. Cada mes de mayo, San Isidro sale con los vecinos en procesión y comida en hermandad; en otoño, es San Casiano quien cobra vida, interpretado en carne y hueso por un vecino. Así se marcan páginas del calendario del valle, el calendario de la tierra y el clima. Este es el día a día de Villavaquerín y de La Sinova – hoy una moderna finca agropecuaria –. El paisaje varía según mudan cielo y tierra: recios grises, arcillas y rojos tonos de invierno desnudo se alfombran de verdes y amarillos en el crecer de la primavera, que pasan a dorados en el estío y culminan con nuevos ocres y rojos otoñales. Conviene un paseo, a la usanza del escritor, por los campos del valle. Al regreso, en la coqueta plaza del Ayuntamiento destaca su reloj. Al fondo, la silueta de la Iglesia de Santa Cecilia ocupa el lugar alto donde hubo una vez un importante castillo. Huele a leña, a silencio.

Fuimos Melecio y yo en la furgoneta del pescado hasta lo de la Sinova. La carretera está llena de agujeros y el trasto botaba con ganas (...) hay que llevar las perdicés ladera arriba si se las quiere tirar. De todos modos las pocas que hay se levantan muy recias. Frente al caserío la ladera se arruga y tiene unos tomillos donde pensé que aguantarían, pero nada.

Cita MD

La Mudarra

La Mudarra nació como un rincón de Galicia: sus primeros colonos eran emigrantes de aquella tierra, que se asentaron en este páramo de los Montes Torozos, a medio camino entre Medina de Rioseco y Valladolid. La Mudarra fue siempre lugar de ganaderos y agricultores, hasta que el progreso lo convirtió en término destacado en el mapa eléctrico nacional: tan grande como el pueblo es la subestación eléctrica que abastece de energía a gran parte del noroeste de España. El paisaje, desde las afueras de La Mudarra, lo protagonizan esqueléticas centinelas de las que cuelgan recios cables de alta tensión. Dentro, las casas más viejas se conservan de sillares sin labrar y a la entrada aun se yergue, muda y tapiada, la vieja estación en la que recalaba el famoso Tren Burra, en su camino entre Medina y la capital, atravesando las navas que, en otoño, se inundaban alrededor de la vía, dejando al tren caminar sobre un espejo de agua.

De regreso, cruzamos el páramo para caer de la parte de Quintanilla. En el camino bajé una perdiz que no sé a santo de qué se había dormido. Salí a huevo de entre las piedras. En la estación encontramos una partida que llevaba dos arutardas. A Anita le dije ayer que no podríamos vernos porque tenía servicio.

Cita MD



Cita MD

Zacarías se atocinó y dijo que de la parte de San Miguel del Pino hay unos bandos tremendos de azulones que bajan de día al río y de noche a las salinas y que no hacía falta irse a la Albufera para colgar media docena y que él, sin ir más lejos, había hecho ocho en una jornada y eran tan hermosos que tuvo que ir por una carretilla al pueblo porque no podía con ellos.



San Miguel del Pino

De los tres arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel, representados en la Iglesia – transición entre románico y gótico - San Miguel, señor del lugar, ha salido a contemplar el Duero. Pasa el agua crecida y ancha, con el color de tierras y limos que han hecho medrar panes y vinos muchos kilómetros cauce arriba. Poco antes, junto a Aniago, ha recibido a sus hermanas del Pisuerga y ahora esconde lucios, luciopercas, alburnos, percasoles y cangrejos. El arcángel también aparece en el centro del caserío, en una escultura en chapa, que recuerda su condición de soldado ángel. Quizá alguna madrugada cambie su espada por una caña de pescador y porfile por algún puesto de pesca – hay casi un centenar- de los construidos en la orilla, que hacen de San Miguel lugar inmejorable para jornadas de pesca solitaria o de afición reñida en concursos que se celebran a lo largo del año. San Miguel del Pino, cercano a la capital, es lugar de vida remansada, que recibe con agrado a pescadores, paseantes y familias deseosas de disfrutar una tarde a la vera del Duero: por supuesto, bajo uno de los pinos que justifican el nombre completo del lugar.

Cita MD

Estuve con el Pepe en lo de Aniago. Es un mar de surcos y duelen los ojos de la perspectiva. Hay unos linderos muy majos que tienen bastante codorniz. Lo malo fue el viento. Si la codorniz coge el viento, navega a vela.

Villanueva de Duero (Aniago)

Aniago es una curiosidad. La visita no puede hacerse como tal al ser, hoy, una propiedad agrícola privada. Pero encerrada en sus muros se desmorona la historia de una Cartuja que fue esplendorosa y de la que hoy apenas quedan algunos arcos de la vieja capilla, ventanas mudas a las que se asomaron monjes agricultores, ladrillos desgastados, amontonados entre oxidados aperos. Si nos va de paso, además de la parada fresca y breve en Villanueva, unos minutos alrededor de Aniago invitan a pensar en lo que se fue y lo que pudo ser. Aniago es desolación y, sin embargo, en sus campos resurge cada año la vida. El paraje más yermo y triste puede dejar crecer flores silvestres. Aunque sólo luzcan una primavera. Junto a la carretera, a la salida de Villanueva, un cartel indica el desvío hacia Aniago, hacia unos minutos de reflexión.

Valladolid

Valladolid es llana, una bendición para el paseante que descubre rincones a pie de calle, portales, arcos, columnas, patios. Pero también debe atender a las alturas, alzando la vista hacia las torres de la Antigua o Santiago, las fachadas de San Pablo o de la Universidad: llevando la mirada hacia los frentes y balconadas soberbios que el siglo XIX levantó en la calle Santiago, el paseo de Recoletos, Claudio Moyano, Teresa Gil... Bajo techo hay que levantar los ojos hacia las arcadas del Pasaje Gutiérrez, el interior de los Agustinos y los innumerables retablos de cada iglesia. Ha de correr el tiempo del viajero en los Museos Herreriano y el de Valladolid y sorprenderse en el vestíbulo de tres alturas del Museo de la Ciencia, donde verá girar la Tierra. Y en estas 3 dimensiones de Valladolid, los ojos se alzarán, desde cualquier lugar, hacia la cúspide de la Catedral, donde el Sagrado Corazón está "aquí cerquita. Casi al alcance de la mano".

Quintanilla de Onésimo

La inquieta Quintanilla ha movido sitio, nombre y enseres a lo largo de la Historia. Nació como quinta romana y mudó hacia el río, buscando agua cercana y mejor defensa en una tierra de paso de soldados entre norte y sur. Mudó el nombre: de la Quintanilla de Yuso, a la del Duero; luego, a la de Abajo (hay vecina una Quintanilla de Arriba) y, con la historia reciente, a la de Onésimo. El puente de los Católicos Reyes aun enlaza con Olivares, en la otra orilla. Sobre él han cruzado pellejos, tinajas, frascas, damajuanas y botellas de uno de los mejores vinos del mundo, crecido junto a mieses que bailan al viento para dar harina blanca y fina, promesa de tierna hogaza. Hubo tren que enlazaba con la ciudad – Delibes lo usó de niño y adulto-, del que sólo queda el recuerdo de una estación fantasma, con el esqueleto del viejo reloj y árboles y matorros hechos señores de andenes y vías. Aquí hay silencio, memoria, desolación y recuerdos. Volvamos al río: el generoso Duero lleva doscientos años cediendo parte del agua al Canal que dio de beber medio siglo a la capital y hoy riega campos de uva y espiga. A su vera transcurre una hermosa senda arropada por sauces y chopos. Hoy no podría llegar Delibes en tren, pero Quintanilla continúa invitando a caminarla, siguiendo al Padre Duero por la cuna del vino y las sendas del agua.